

Codex, a las que se añaden algunas cuestiones de Derecho benefical y de Derecho patrimonial que en la sistemática legislativa corresponden al libro III. Este libro está dividido en cinco secciones. La primera ("Principi fondamentali") consta de tres páginas, en las que el A. se ocupa de la Iglesia, sus caracteres constitutivos desde el punto de vista jurídico y de las potestades. "Organizzazione della Chiesa—I sogetti", es el título puesto a la segunda; en ella se trata en el cap. 1 de las personas físicas y morales y a continuación (cap. 2-4) de los laicos, los clérigos y los religiosos. De los Institutos Seculares se trata en capítulo aparte (capítulo 5), ya que sus miembros pueden ser tanto laicos como clérigos. La sección tercera trata de los oficios y beneficios bajo el título, "La amministrazione degli uffici", siguiendo en esto a M. Falco ("Corso di diritto ecclesiastico", vol. 1, Padova, 1933, cap. III, sez. 1). La sección cuarta, destinada al estudio de los oficios en particular, y la sección quinta en la que se trata del patrimonio eclesiástico, están tituladas con las fórmulas, acuñadas por Del Giudice ("Nozioni", 10 ed., Milano, 1953, caps. VII y XI), "L'ordinamento gerarchico" y "L'ordinamento patrimoniale".

El libro tercero, dedicado al matrimonio, está dividido en once capítulos siguiéndose un orden que presenta algunas variantes con respecto al del Codex. El criterio de agrupación en capítulos recuerda la división en §§ del capítulo IX de las "Istituzioni" de Del Giudice (3 ed., Milano, 1936).

Los dos últimos libros, que se ocupan de las materias de los correspondientes del Codex, responden a los mismos criterios que las conocidas obras del A. "Istituzioni di diritto processuale canonico" e "Istituzioni di diritto penale canonico" (Vid. IVS CANONICVM, 1, 1961, 610-611).

El manual es, dentro de la obligada brevedad, muy claro, y denota esa eficacia pedagógica tan característica en las obras didácticas de profesores italianos. Da una visión del conjunto de la legislación canónica, pese a algunas omisiones (buena parte de las materias reguladas en el lib. III), explicables dado el tipo de lectores a los que está destinado: el "pubblico colto d'Italia, specialmente... gli

studiosi... i professionisti ed anche... i profani..." (pag. IX). En general, no se detiene a considerar las cuestiones doctrinales de carácter general a las que ha prestado atención preferente la literatura canónica italiana más reciente.

Facilitan el manejo del volumen tres índices: general, de cánones y analítico.

PEDRO LOMBARDÍA

HENRICUS FLATTEN, *Quomodo matrimonium contrahentes iure canonico contra dolum tutandi sint*, I vol. de 18 págs., Coloniae, editio auctoris, 1961.

En la teoría general del matrimonio canónico, uno de los temas que modernamente han merecido especial atención de los estudiosos es la irrelevancia del dolo en la formación del vínculo conyugal. Aparte la fisura que esa irrelevancia abre en la concepción contractual del matrimonio, es indudable que implica un cierto contraste con la revalorización teológica y ascética de su carácter sacramental, llevada a cabo en los últimos decenios. Resulta difícil coordinar la dignidad y efectos que se reconocen al matrimonio y la validez y subsistencia del vínculo cuando existe, en su constitución, dolo grave por una de las partes que, conocido por la otra, llevaría a su no constitución.

Heinrich Flatten, profesor de Derecho canónico en Tübingen y que hace ya unos años ofreció una interesante monografía sobre este asunto ("Irrtum und Täuschung bei der Eheschliessung nach kanonischem Recht", Paderborn, 1957), vuelve ahora sobre el tema, de una manera sucinta, pero con una posición rigurosamente configurada.

Después de recoger algunos casos prácticos que ponen de manifiesto la gravedad del problema, Flatten insiste en la insuficiencia del CIC en la protección de los nubentes respecto al dolo. Con acierto subraya que el c. 1083, en lo referente al error de condición servil no tiene de hecho el menor significado en la sociedad moderna, y en lo que se refiere al error sobre cualidad que redunde en error sobre la persona, en el fondo no es propiamente un "error qualitatis", sino un error sobre la persona misma. Una posición tan rigurosa significa que en todos

BIBLIOGRAFIA

los demás casos "error in qualitate alterius contrahentis valorem connubii non tangit, quantumvis funestus sit error" (pág. 4).

Para el A. la posibilidad de corregir esta insuficiencia está en manos del legislador eclesiástico, por tratarse de un simple tema de Derecho positivo, tanto más reforzado por la comprobación de que hay casos de dolo en que la comunidad de la vida matrimonial se ve alcanzada de un modo más profundo y grave que en el de la antigua condición servil. Recordando que ya la asamblea de tribunales eclesiásticos, reunida en Bonn en 1960, "forti accentu urgentissimum esse pronuntiavit quod hac in re Legislator in auxilium occurrat" (pág. 7), Flatten considera la revisión del c. 1083 como una de las más necesarias de todo el código.

Dos objeciones importantes podrían hacerse a esa revisión. En primer lugar el temor de que la ley, ahora tan clara, pueda tornarse incierta. Pero fácilmente se responde que no se trata de que cualquier dolo pueda invalidar el matrimonio, sino sólo de proveer "pro casibus crassioribus dolosae in contrahendo fraudis" (pág. 7), materia que podría delimitarse con el cuidado con que, por ejemplo, se precisa el miedo en el c. 1087. Y en segundo lugar podría objetarse con el recelo de que una suavización de la ley fomentara la ligereza en la elección del cónyuge, por la posibilidad de alegar ulteriormente el dolo. Reconociendo el peso de la objeción, no por eso entiende Flatten que deba dejar de revisarse el c. 1083: "tutela namque iuridica, quam speramus, tunc tantum coniugium irritet quando error dolosa causatus est deceptione. In omnibus aliis erroris in qualitate casibus, ubi scilicet absque fraude erratum, in caput unius contrahentis, ut hucusque rei consilium recidet" (pág. 9). Trátese, pues, fundamentalmente, de buscar una solución rigurosa pero justa que esté acompañada por una pastoral oportuna y que, para evitar posibles abusos, pueda estar protegida por la denegación del derecho de acusar el matrimonio a quien provocó el fraude e incluso por la prohibición de que pueda pasar a nuevas nupcias.

Concretando su pensamiento, el A. establece la necesidad de cuatro elemen-

tos esenciales que, en caso de verificarse, deberían permitir la irritación del matrimonio. Son los siguientes: que se trate de verdadero "error qualitatis", existente en el momento de contraer el matrimonio y no de una simple esperanza que luego se ve defraudada; que el error sea grave; que "causam det oportet contractui matrimoniali, causalitate saltem negativa"; y finalmente que el error se dé con el carácter de dolo fraudulento. De estos cuatro elementos, el segundo y tercero plantean las cuestiones más delicadas.

Por lo que se refiere a la gravedad del error, el A. entiende que debe apreciarse tanto por su objeto como por su extensión. Por lo que se refiere al objeto, todos los aspectos secundarios o fútiles deben, naturalmente, excluirse, si bien su valoración tendrá que hacerse según las circunstancias que muestren "iuxta communiter contingentia, in vitam coniugalem exserere influxum" (pág. 11). Y ese objeto deberá ser igualmente grave en su extensión, afectando notablemente la vida matrimonial, como sucede, por ejemplo, en ciertos casos de enfermedad. Ante la disyuntiva de buscar una solución mediante la enumeración de los casos de error con relevancia jurídica o mediante la adopción de una cláusula general, Flatten se inclina por la elección de la fórmula de un "error gravis de qualitate magni momenti" (pág. 12), considerando que en esa expresión se recoge la gravedad del error tanto en su objeto como en su grado, guardando cierta analogía con la definición del "metus" en el c. 1087 y siendo así tan defendible como esta última. Y en la especificación del error se recogen los casos que, según la mencionada asamblea de tribunales eclesiásticos, "saltem" debían ser protegidos con cláusula irritante del matrimonio. Son los siguientes: error sobre la fe católica del otro nubente; sobre la sinceridad de las cauciones en el matrimonio mixto; sobre la comisión de un delito grave; sobre la existencia de prole concebida o nacida; error sobre el estado social; sobre la existencia de una enfermedad grave, de esterilidad o de gravedad y, finalmente, sobre la paternidad de una prole concebida o nacida. Aceptando este elenco y reconociendo posibles diferencias de opinión, el A. entiende que todos esos casos "in consultam delibera-

tionem cadunt, quia vitae coniugali vim valde fatalem afficere solent" (pág. 13).

Por lo que se refiere a las relaciones entre el error y la causalidad del contrato matrimonial, Flatten establece que "error eatenus tantum legis indiget protectione quatenus suppositio erronea in contrahendum matrimonium revera influat" (pág. 13). Esa causalidad puede ser positiva (por ejemplo, el caso de quien contrae matrimonio engañado por una dolosa atribución de paternidad), o al menos negativa, como se da en el caso de que alguien contraiga matrimonio no conociendo, por error doloso, la enfermedad grave del otro nubente, de tal modo que no daría su consentimiento si antes la hubiera conocido. Argumentando de modo análogo al caso de la violencia, el A. defiende que "clausula irritans tunc tantum valida esto, quum quis sub errore matrimonium init quod, si rem vere cognosceret, non iniret: matrimonium quod re vere cognita non contraheret" (pág. 14). De este modo, la relación de causalidad lleva al momento subjetivo, es decir, a la mente e intención de la persona que incurre en el error. El tiempo de la celebración del matrimonio, la disposición de los contrayentes respecto a las causas de error, todo el problema de la prueba, etc., adquieren la mayor importancia para que los efectos posteriores al matrimonio no puedan atribuirse a un error con significado causal. En este punto, y para evitar la objeción de que sean aceptables efectos tan importantes de una voluntad meramente interpretativa, Flatten asienta decididamente su posición ante el problema: "Ubicumque lege divina seu naturali positivus voluntatis actus requiratur, sicuti in matrimonio contrahendo consensus verus, qui nulla humana potestate suppleri valet, intentio mere interpretativa nil efficit neque lege ecclesiastica effectus substitui potest" (pág. 15). Con esta afirmación, el problema se plantea, exactamente, en sentido contrario.

En resumen y como conclusión, el A. sugiere que el c. 1083 se aumente con un tercer caso de error formulado en estos términos: "si quis graviter ac dolose de alterius partis qualitate magni momenti deceptus matrimonium ineat, quod re vere cognita non contraheret" (pág. 18). De este modo el dolo adquiriría una justa relevancia que ahora no le es recono-

cida, sin que deba desconfiarse de una aplicación demasiado benigna de la ley por parte de los tribunales eclesiásticos. No sin cierta razón y con alguna vehemencia, Flatten hace notar que si se pensara que los motivos pastorales habrían de desbordar el criterio jurídico de los jueces y esa desconfianza tuviera un fundamento de verdad, "melius tribunalia ecclesiastica dissolverentur".

No hay duda de que el A. ha hecho un estudio riguroso del tema, llegando a una fórmula jurídica que parece más en consonancia con los presupuestos teológicos y espirituales del matrimonio canónico. Cabe hacer una pregunta: el problema del dolo ¿es sólo de Derecho positivo? La cuestión es ardua y tanto la teoría como la práctica exigen, en un punto o en otro, un cierto rigor en la apreciación del error y sobre todo en el examen de la relación de causalidad, asunto al que los canonistas modernos no suelen prestar mucha atención. En todo caso el estudio de Flatten es certero y viene a tocar un punto del más alto interés, porque —y aunque pueda parecer algo extraño— si bien sabemos que el matrimonio canónico consumado es indisoluble, todavía estamos lejos de saber lo que es jurídicamente el matrimonio canónico.

JAVIER DE AYALA

FERNANDO HIPOLA, *La técnica jurídica de S. Isidoro de Sevilla*, separata de "Anales del Seminario de Valencia", I, n.º 2, Valencia, 1961, pp. 159-262.

La gran obra de San Isidoro, dados los propósitos de sistematización que el Santo sevillano se propuso en ella, ofrece aspectos interesantes en el campo técnico-jurídico que Fernando Hipola se ha propuesto mostrar en su colaboración en los Anales del Seminario de Valencia. Y esto, por una razón primordial: el momento histórico en que se desenvuelve la figura de San Isidoro, tan necesitado de una técnica jurídica que precisara multitud de conceptos diseminados en fórmulas poco concretas y a veces contradictorias. Las necesidades a las que la jerarquía de la Iglesia visigoda debió hacer frente en tiempos en los que existían tantos asuntos faltos de una reglamentación, exigieron un esfuerzo técnico-juri-